No se pudo evitar que tras el convulso siglo XX llegase el XXI. A pesar de ello, aún había mucha gente en el nuevo siglo que había nacido en la centuria anterior y que además había sido educada a la manera tradicional, como en los viejos tiempos, y nunca mejor dicho.

No abandone precipitadamente el lector las páginas que aquí se le ofrecen a causa de este principio tan perogrullesco. Era necesario indicar ese extremo para comprender las motivaciones, los impulsos, las emociones y los pensamientos de alguien que, siendo parte de su siglo, llevaba en la mano el testigo recogido a la generación anterior, dispuesto a llegar a la línea de meta sin perderlo, ni aunque intentasen robárselo.

Nuestro personaje tenía nombre y apellidos, por supuesto, y no faltaría más, pero hoy en día su nombre suena extraño, ya no hay mucha gente que se llame Onofre, que así se llama nuestro héroe: Onofre Valdunquillo Retuerto.

II

Onofre, podría decirse que era un tipo afortunado, pues gozaba del privilegio de tener asignada una pensión que le garantizaba la in- dependencia económica. Onofre se había prejubilado, era ingeniero industrial, de los de antes, pero había trabajado toda su vida en un banco.

La entidad financiera encontró muy razonable ofrecer a Onofre un cómodo retiro, siempre pensando que por la mitad del sueldo del veterano Onofre contrataría a dos jóvenes economistas en primera vida, que además harían el doble de trabajo, y sin rechistar, o sea, cuádruple trabajo por la mitad de precio. Onofre, al igual que los jóvenes economistas, era sujeto pasivo en la operación, tanto más cuanto fue amablemente advertido que de negarse al retiro sería inmisericordemente destinado a las remotas Quimbambas ajenas a la civilización.

III

Ya prejubilado empezó a descubrir primero el tedio, la inquietud y la ansiedad, comprensibles en quien, tras largos años de vida profesional sujeta a estrictas normas y rígidos horarios, se ve de la noche a la mañana abandonado a sí mismo, con toda la casa, la calle, las cafeterías y el tiempo para él solo, cayéndole todos encima cual si fuesen de plomo.

Sí, todo era para él solo, ya que Onofre era soltero, a pesar de ser bien parecido, amable y educado (no en vano había nacido en los cincuenta del siglo pasado). Era también muy amante del ejercicio y el aire libre: había practicado golf, natación, atletismo, senderismo y montañismo. Todo ello asiduamente, las más de las veces en soledad, pues no siempre encontraba compañeros dispuestos a emprender sus aventuras, -no por ello Onofre se arredraba-, acabando así por desarrollar una personalidad in- dependiente y segura, cualidades éstas últimas que lo hicieron descartable a los ojos de aquellas mujeres de su ambiente, que buscaban algo más sencillo de encauzar. Así también se hizo objeto de críticas despiadadas y burlonas por parte de otros que, sumergidos en el ambiente, eran incapaces de elevar la vista

por encima del techo establecido, tildando al pobre Onofre de extremista y radical, debido a la independencia de su carácter que no sólo era capaz de internarse en soledad en Gredos o Picos de Europa, sino que, peor aún, se mantenía firme en sus principios, los morales, los de toda la vida, y no estaba dispuesto a cambiar sino tras la demostración clara de que los nuevos fuesen mejores que los existentes-.

IV

No pasó mucho tiempo hasta que Onofre, jubilado, empezó a sentirse asfixiado en el ambiente de su ciudad mesetaria y provinciana, en la monotonía de la vida ordenada que llevaban los demás, pues en la suya el desorden empezaba a entrar como la luz del amanecer por la ventana. Le empezaron a aburrir sus compañeros y amigos de siempre con sus inamovibles costumbres, que eran como las de todo el mundo y que sólo cambiaban en la medida que cambiasen las modas y las propagandas. Lo que más le fastidiaba era esa suerte de consenso universal con apariencia de subconsciente colectivo emanado por los medios de comunicación, mediante el que todo el mundo acababa pensando igual. A pesar de todo Onofre era feliz y no le importaban mucho las críticas, en ocasiones mofantes y descarnadas, de las que era objeto: Su independencia le proporcionaba suficientes satisfacciones para apuntalar un buen carácter y los momentos de plenitud en la naturaleza evitaban el arraigo de ningún rencor. Soportaba con indulgencia la charla ácida de sus amigas, disfrutando de su compañía en la medida de lo alcanzable, y no sólo las invitaba a los cafés, sino que se ofrecía a llevarlas a casa y quedar otro día.

Onofre, aunque por su trabajo vivía en la ciudad, amaba el campo, las montañas, el aire libre. No sentía pereza alguna. A veces, tras haberse despertado antes de tiempo, y aún de noche, se le ocurría prepararse rápido para salir corriendo a ver amanecer. Disfrutaba mucho del alba y era capaz de emprender largas caminatas y subir a algún promontorio para esperar al Sol en su despertar: lo consideraba el espectáculo más gratificante y hermoso, siempre distinto, siempre lleno de luces y colores radiantes, siempre envuelto en las emanaciones del suelo húmedo, los vapores de aquellas plantas de las que nunca supo el nombre y la frescura acariciante de un ambiente que acababa de nacer. Onofre se conmocionaba ante aquella Naturaleza que se desperezaba, se extasiaba ante el Sol emergente, soberbio en su ascender, y ante la inundación de claridad, disipadora de los sueños y de los misterios que, hacía sólo unos instantes, eran hijos ciertos de las sombras.

La asistencia a estos espectáculos naturales ya hacía muchos años que era emprendida por Onofre en solitario y si la contemplación de la Naturaleza le reconciliaba con la vida, también, a instante seguido, le sumía en soledad. Aunque la soledad no le duraba mucho; cuando volvía a la ciudad provinciana y mesetaria en la que vivía, la presencia de los demás se le hacía omnipresente y entonces añoraba de nuevo los limpios aires del amanecer. Pero si había algo que siempre echaba en falta era la compañía femenina, ésa era la causa de su soledad, algún alma gemela que subiese con él a los montes; una mirada en la que ver reflejarse la aurora; una mujer que supiera el nombre de algunas flores; le gustase caminar; que dijese los colores del cielo; que mojase sus manos en el rocío, lo aspirase y se lo diera en las mejillas; que se sintiese a gusto en la soledad de las cumbres y que supiera hablar y reír, cantar y llorar, callar y estar. Pero así no las había, o por lo menos entre las que

él frecuentaba. Las que él conocía no le acompañarían ni llevándolas a horcajadas -algunas podrían ser una dulce carga- pero luego serían difícilmente soportables por mucho tiempo.

V

En su interpretación del mundo Onofre consideraba a la gen- te parte integrante de la Naturaleza que tanto le asombraba, y en particular a las mujeres, especialmente las que le gustaban, así que, mezclando el arrobo del amanecer y la atracción por el sexo opuesto, había descubierto otro placer consistente en que si no podía llevar compañeras a contemplar el amanecer, entonces llevaría el amanecer a las mujeres. ¿Cómo? Pues bien fácil -pensaba él-. Arrancándoles sonrisas, así de sencillo. Había observado Onofre que a algunas mujeres se les iluminaba el rostro al sonreír, se ponían radiantes y en una cara antes sombría aparecía el amanecer.

Impulsado por este convencimiento acabó desarrollando la técnica del robo de sonrisas. Se hizo ladrón de sonrisas, y así salía Onofre buscando su diario botín de amaneceres sonrientes y femeninos, entre todo tipo de mujeres: vecinas, camareras, amigas, jóvenes, ancianas... Cualquiera podría ser víctima del robo de sonrisas.

Así nuestro personaje acabó aprendiendo a rastrear emociones en el semblante de las mujeres y a esperar el momento del hurto. Con algunas era fácil pues ya venían predispuestas y casi sonreían ellas primero, ¡Qué gratificantes eran esas mujeres, de cualquier edad y clase social, de sonrisas sencillas pero sinceras tan adorables como el Sol en invierno!

Con otras era más difícil, pues se las adivinaba portadoras de tristezas y desdichas; a estas era preciso observarlas, con rapidez y discreción, claro está, para encontrar el signo de sus penas y el color de su esperanza, midiendo la magnitud de una y otra, ponderando la mezcla de comprensión y compasión, de respeto y simpatía que deberían administrarse, pues en estos casos la errónea distribución de las cantidades podría tornar el bálsamo en veneno, frustrando así el robo de la sonrisa.

A otras les pasaba que se sentían incómodas ante los demás, sencillamente por considerase, ellas mismas, tocadas por alguna defedación: un grano inoportuno, un diente roto, una cicatriz... con estas la técnica se basaba en sonreír primero, sin dejar de mirar a la víctima, pero poniendo el máximo cuidado en no ver el diente roto ni el grano, para de seguida dejarse sorprender por ella en alguna mi- rada furtiva que se hubiera dejado caer, cómo sin querer, sobre algún atributo hermoso de la mujer cuya sonrisa se desea robar.

Onofre disfrutaba coleccionando sonrisas. A ratos repasaba sus robos y se sentía feliz pensando que en su corazón el espacio era limitado y por ello no podía caber todo, así que prefería llenarlo de sonrisas y no de rencores, sonrisas de mujeres, que a veces eran imborrables y que le perseguían como adorables ensoñaciones opiáceas, a modo de fantasmucas, que acompañaban a Onofre en el trascurso de sus nuevos días de jubilación mesetaria y provinciana.

VI

Onofre, un buen día, decidió que se tenía que marchar. Su ambiente y sus costumbres de jubilado no podían ser las mismas que le habían regido en su anterior situación. Era preciso poner distancia. Su tiempo anterior venía determinado por la imperiosa necesidad de ganarse el pan con el sudor de cada día, y esa circunstancia había cambiado favorablemente para él. Ahora en su nuevo estado veía la vida laboral como una maldición bíblica: el trabajo estaba bien, pero no su imperiosa obligación.

Se encontraba en plena forma. Su afición al ejercicio y la naturaleza unida a una vida sin demasiadas preocupaciones le habían mantenido sano y saludable. Pensó en irse a vivir al campo. Uno de sus abuelos había sido médico en la Tierruca, ahora Cantabria; el otro fue militar y llevó una vida errante, así que Onofre se mar- chó a la Montaña, antaño Santander, ahora Cantabria, a un pueblo pequeño: Villanueva de la Peña; cercano al mar pero rodeado de montañas, con viejas casas de piedra y urbanizaciones nuevas, torre medieval, ermita, parroquia, bancos, frutería, carnicería, pescadería y supermercado, tascas y cafetería, restaurante, farmacia, taller me- cánico y biblioteca, río y arroyo, prados, vacas y caballos. Aun así lo que era propiamente el pueblo, no era grande; para circundarlo, no se precisaban más de veinte minutos, andando sin prisa, a paso normal.

Onofre había encontrado el pueblo cuando, tras una de sus correrías por Picos de Europa, hizo algo de turismo por San Vicente de la Barquera y llegó después, por curiosidad, a Mazcuerras: el topónimo le llamaba la atención. Hay que decir que Villanueva de la Peña es sólo una parte de Mazcuerras, que es el ayuntamiento. La orografía imponía la dispersión y además de Villanueva, Cos, Herrera de Ibio, Sierra de Ibio, Ibio y Riaño de Ibio sumaban el todo. Lo que es arriba, lo es abajo, y si España tiene autonomías, pues aquí también.

Había dado allá con una urbanización, todavía en construcción, que le agradaba. En aquel momento -al quedar jubilado y deseoso de cambiar de vida recordó todo aquello.

Sin pereza alguna puso en venta su piso céntrico de ciudad mesetaria e inició los trámites para comprar la casita con jardín de aquella urbanización que a esas alturas estaba finalizada…